

EL LEGADO ITALIANO EN REPÚBLICA DOMINICANA

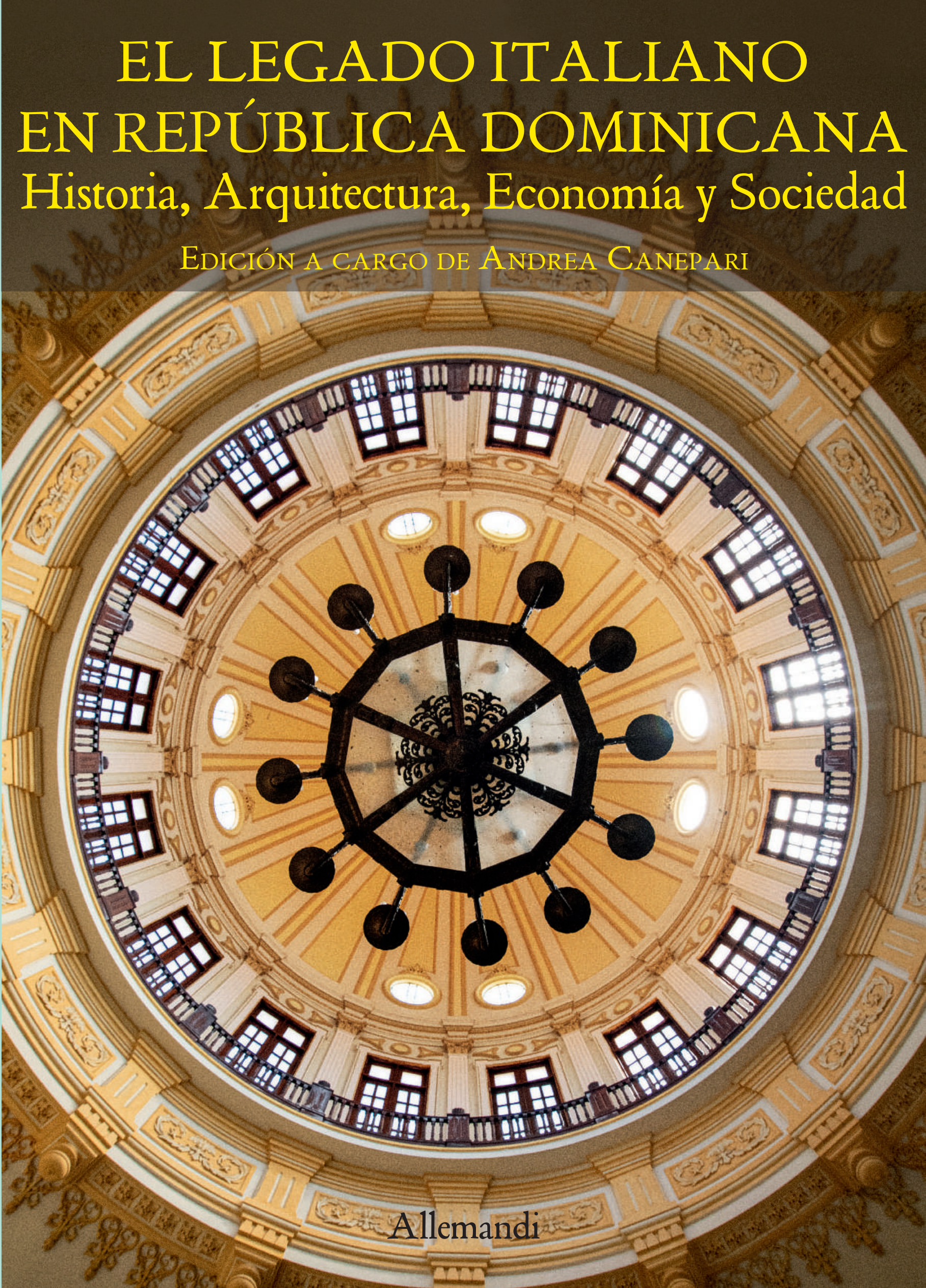
Historia, Arquitectura, Economía y Sociedad

EDICIÓN A CARGO DE ANDREA CANEPARI

EL LEGADO ITALIANO EN REPÚBLICA DOMINICANA

Allemandi

Allemandi



MARCIO ESCRIBE ► Un llamado para que se haga un estudio sobre esta comunidad radicada en nuestro país

Italianos en la vida dominicana

Veloz Maggiolo hace una referencia histórica desde el descubrimiento hasta el siglo XX sobre los aportes que han hecho estos europeos a la República Dominicana.



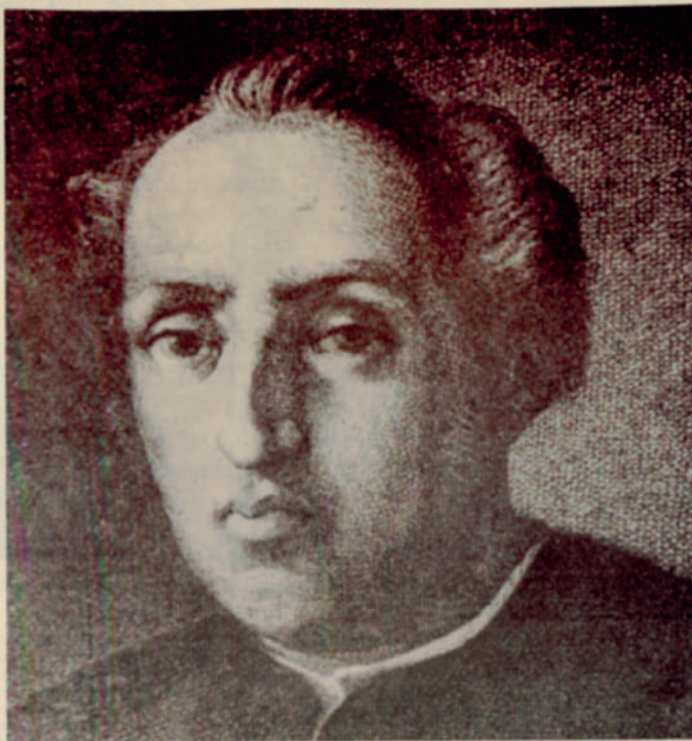
No existe un trabajo de investigación sobre la presencia italiana en la vida dominicana. Los migrantes de principio de siglo, los del ingenio azucarero, los ingleses de las islas, los árabes y chinos, han sido, quizás, tratados como tema en mucho mayor escala que los italianos. De modo que este artículo es una simple guía y no pretende en modo alguno sino llamar la atención sobre una comunidad que ha sido fundamental para lo que fue la vida dominicana, su historia y su conformación nacional.

Lo lógico sería que algún investigador iniciara los estudios a fondo de la comunidad italiana en la isla de Santo Domingo desde la misma colonia, en donde se aprecia ya la presencia, de uno o de otro modo, de los italianos.

La influencia italiana en la República Dominicana alcanza varias etapas de su historia. Ya desde el llamado "descubrimiento" de la isla de Santo Domingo, la presencia italiana tanto desde dentro del territorio isleño, como desde las cortes, se deja sentir con la importante colaboración de italianos ligados a la hazaña del propio Cristóbal Colón. Vale recordar, en principio, que el Almirante y sus hermanos, oriundos de Génova, confiaron en gran parte sus hechos a figuras del Renacimiento como lo fuera Pedro Mártir de Anghiera o Angleria, quien vendría a ser el cronista más cercano a la vida de la isla luego del propio Colón, y de algunos de los primeros viajeros que se refirieron al contacto de los primeros viajes, incluido el también italiano Gerolamo Benzoni, y Américo Vesputio, cuyas cartas a veces oscuras hacen suponer que sus tres meses y medio en la isla, luego de sus aventuras con Ojeda habrán dejado alguna huella en su literatura. De ese período oscuro son las notas del llamado *Manuscrito de Ferrara*, documento inédito dado a la luz por Laura Laurencini Minelli, una de cuyas páginas reproducimos el investigador José G. Guerrero y quien firma el presente y breve artículo con el que pensamos podría animarse algún historiador ante la presencia de tan vasto tema.

Vale decir que existe un modelo de estudio de este tipo en la obra *L'Esplorazione della Amazonia*, concebida por Anita e Tullio Sepilli, en la cual se hace énfasis en la presencia italiana. Aunque Pedro Mártir de Anghiera nunca visitó la isla, sus escritos y cartas se basan en las experiencias recogidas en la Corte, en donde tenía una alta posición política y en donde recibía informaciones de primera mano de los viajeros y del propio Colón, con quien le unía una amistad también cortés.

Las *Décadas de Orbe Novo*, conocidas popularmente en español como *Décadas del Nuevo Mundo*, vinieron a ser el canal de propaganda más importante de comienzos del siglo XVI. Angleria se refirió, por tanto, a los acontecimientos más importantes de la isla de Santo Domingo, y sin dudas hasta 1571, año en el que Juan de Grijalva toca por vez primera las costas de Yucatán, el grueso de la información se refiere a la isla de Santo Domingo,



Genovés. Cristóbal Colón fue uno de los primeros italianos en llegar a la isla.

la que con el paso del tiempo y los vicisitudes de la historia terminará albergando dos naciones de lengua y cultura diferentes: República Dominicana y Haití.

Se recuerda que la isla de Adamany, territorio del cacique Cotubanamá, alcanza el nombre de isla Saona por honor que el Almirante Colón rinde a su amigo el savonés Michele de Cúneo. Savona, queda así integrada a la toponimia isleña de manera permanente. Con la fundación de la villa de La Isabela, luego de la destrucción del fuerte de la Navidad, dejado en 1492 por Colón como asiento español en la costa norte y devastado por los indios, comienza una etapa importante de la conquista. Debemos a un italiano, Niccolò Scillaccio, la única descripción cierta de la villa fundada por Colón.

Scillaccio nos describe una aldea con una sola calle y calles cruzadas, aunque sin dudas refiriéndose con mayor entusiasmo a las viviendas de techo pajizo y a simples espacios de vivienda inicial que en nada refieren la fundación de una ciudad, sino de lo que en Italia se llamaba un "casale", palabra que no usa Scillaccio, pero que surge en la mente del investigador cuando se describe la villa.

"Casale" igualmente llamó Fernández de Oviedo, el gran cronista, al modelo de cinturón costero que a lo largo del río Ozama se extendía como parte del puerto rústico de la otra ciudad fundada al sur, la de Santo Domingo, levantada como villa también en 1498, y trasladada luego ya en los albores del siglo XVI a la parte occidental del río, desde donde se instalara el primer gobierno ovandino, con sus infinidad de grandes edificios y de altas torres almenadas. Fernández de Oviedo, el cronista por excelencia de la América colombina inicial, era hombre del Renacimiento, amigo de Da Vinci, admirador de las obras maestras del arte; él mismo, artista, puesto que se dice que era un magnífico creador de imágenes de papel con la tijera. La España conquistadora, entre medieval y renacentista, se nutre en mucho de la vida italiana al paso hacia América. El interés de los Médici por los descubrimientos aupó la propaganda y la imaginación europea, encabezada por los italianos, se dispersa en la propaganda sobre un "Nuevo Mundo" que erróneamente llevara y lleva el nombre de Albergo Vesputici América. Vale que nos detengamos un poco en una

figura que parece fundamental, porque es representante de un alto concepto del renacimiento. Me refiero al obispo primado de América y de Santo Domingo Alessandro Geraldini, quien llega a la isla de Santo Domingo en el año de 1519, y de inmediato inicia la transformación de la iglesia principal de la villa, hecha de madera y paja, convirtiéndola en catedral de altos pilares, y de magnífico escenario, la que no llega a ver completa porque muere pocos años después. Amó profundamente a Santo Domingo, al punto de casi olvidar sus grandes méritos europeos de entonces. Oriundo de Amerino, el obispo Geraldini, se adelantó en mucho a Las Casas y a Oviedo escribiendo un libro en latín titulado *Itinerario por las regiones subequinoxiales*, el que desde luego posee vasta información sobre la isla, sus gentes, los inicios de la construcción catedralicia en 1522, el estado de la colonia

durante su obispado, ocupándose de la etimología al punto de enviar a la Corte española ídolos de algodón supuestamente obra de los últimos habitantes aborígenes de Santo Domingo. Sus restos descansan en la iglesia cuya construcción inició.

La relación hispano-italiana habla igualmente de la importancia de la ingeniería y de pedidos al ingeniero italiano Juan Bautista Antonelli, quien hacia finales del siglo XVI (1597) presentaba los planos de la fortificación de la ciudad de Santo Domingo. Antonelli presentaba una propuesta que siguió siendo válida en épocas posteriores y que alcanzaba quizás las mismas dimensiones de lo que fueron las defensas de Cartagena de Indias en la actual Colombia.

Como he señalado antes, la isla de Santo Domingo se transforma empujada por las diferencias de las potencias coloniales. El destino antillano ha estado, en muchas ocasiones, definido por políticas exteriores a su propia conformación étnica y a sus intereses particulares. Cuando Antonelli entrega sus proyectos a finales del siglo XVI, la presión internacional (Inglaterra, Francia, España) sobre el arco antillano es creciente. La isla de Santo Domingo vive, en gran parte, del contrabando que realizan no

del siglo XIX se levantan contra Francia, y a pesar de la abolición de la esclavitud, dictada por la Revolución francesa, Napoleón Bonaparte da marcha atrás reinstaurándola, se completa el proceso independentista haitiano de 1804. La parte española de la isla es entonces cedida a Francia por España, y Haití, temeroso de una nueva toma de la isla por los franceses desde el territorio hispano, invade varias veces la parte española iniciándose así las diferencias entre los dos territorios. Del Piamonte, con las tropas napoleónicas vinieron a vivir a Haití italianos sobre cuya actividad tenemos pocos datos. Con la cesión de Santo Domingo español a Francia parte de las tropas piamontesas pasaron hacia territorio del Este. Estas migraciones, poco estudiadas, se conocen brevemente en la historia dominicana. Aunque para algunos autores la llamada Francia dominó la parte española hasta 1809, cuando el general napoleónico Ferrand fue vencido por tropas dominicanas prohibiscas en la batalla de Palo Hincado, y el general Dubarquier sitiado en la ciudad capital, tuvo que capitular. Los prohibiscas entregaron a España nuevamente una colonia que España no deseaba desarrollar. La llamada "rebelión de los italianos", puesto que uno de sus cabecillas era un piamontés, marcó un paso importante contra el gobierno de Juan Sánchez Ramírez. Los datos sobre si hubo más italianos en la misma no se tienen a mano. De 1809 a 1821, mientras el Haití republicano se desarrollaba, el espacio dominicano sufría un abandono total. En 1821 un dominicano con ideas libertarias en una sociedad esclavista decadente como la hispana, declaró un estado independiente de Haití Español. Por vez primera se declaraba la parte española de la isla República. Antes se habían hecho gestiones infructuosas para conseguir la protección de Simón Bolívar. En 1822, apenas un año luego de la declaración de independencia, los haitianos invadieron la parte española de la isla en un intento de unificación que marcó la nueva ruta de la historia dominicana.

El siglo XIX fue el siglo de la afluencia mayor de familias italianas a la parte llamada española. De Génova llegaron importantes trabajadores del mar, gente de experiencia en el armado de goletas y en la navegación misma. Algunos ya estaban en la República Dominicana antes del grito de independencia contra Haití producido el 27 de febrero de 1844. El comercio había crecido y una pequeña burguesía entre la que se encontraban italianos y familias de descendientes de italianos, alemanes, franceses, españoles e ingleses, se habían adaptado a una vida que ya no soportaba el peso de impuestos acordados por Haití con Francia para que la misma reconociera su liberación. En 1823 Jean Pierre Boyer, jefe de los ejércitos invasores haitianos y entonces presidente de Haití, había abolido la esclavitud e iniciado una reforma agraria, pero hacia 1835 la situación de la parte española acusaba un deterioro producto de un proceso de identidad nacional cada vez mayor en contraste con la identidad de Haití.

No llegaré a la presencia italiana en el siglo XX, que es numerosa y compleja, y como es el siglo XIX un siglo fundamental para nuestra identidad nacional, vale decir que la presencia italiana en la guerra contra Haití fue fundamental. Desde los levantamientos de marzo de 1844, dos importantes italianos, por demás genoveses, se unieron a las fuerzas de

la independencia. Fueron los marinos Giovanni Battista Cambiaso, y Giovanni Battista Maggiolo Gemelli. En la lucha contra Haití pusieron a disposición del nuevo Estado sus goletas, es decir, sus pertenencias más queridas, puesto que con ellas comerciaban en las islas. Maggiolo perdió la María Luisa, en la guerra, y a pesar de su contrato con el Estado, nunca reclamó el pago de sus pérdidas. Cambiaso estuvo más dentro de la lucha, tenía mejores recursos, era un avezado hombre de mar, y fue nombrado Almirante. En 1856 Maggiolo volvió a Génova, y desde Génova vinieron sus hijos a Santo Domingo fundando familias. Cambiaso, una vez terminada la guerra contra Haití, se quedó en Santo Domingo, sin involucrarse en la posterior guerra contra España, llegando a ser luego consúl dominicano en Génova en 1886.

De esa hornada de italianos y de su descendencia está llena la historia republicana. Vale señalar las familias Ravello y Pellerano, también de origen liguor. Documentos que me fueran facilitados por amigos italianos dan cuenta de la vieja relación entre estas familias desde la propia tierra de origen. Pellerano y Maggiolo habían sido socios en el negocio naviero. Luego, ya en los finales del siglo XIX, los Pellerano, con Arturo Pellerano Alfau, en 1889, fundan el periódico *Listín Diario*, cerrado durante la dictadura de Trujillo en el siglo XX, y hoy uno, sino el más, importante periódico del país.

De los Ravello, Juan Nepomuceno, descendiente de genoveses, forma parte en 1838 de la sociedad secreta La Trinitaria, que encabezara el patricio Juan Pablo Duarte, tomando acción en nuestras guerras libertarias.

Descendientes, igualmente de italianos, los Billini, fueron importantes personalidades del siglo XIX, destacándose dos de ellos: Francisco Gregorio Billini, escritor, político y varias veces ministro, quien escribiera una de las novelas clásicas del siglo XIX, la titulada *Engracia y Antonia*, considerada una pieza costumbrista de hondos raíces dominicanas. Por otra parte, Francisco Xavier Billini, quien abrazara la carrera de sacerdote y fuera un opositor rotundo de la dictadura de Ulises Heureaux, se considera el fundador de centros de beneficencia, y fue el descubridor en la catedral de Santo Domingo de la cripta en la que reposaban desde 1540 los restos de Cristóbal Colón.

Francisco Gregorio Billini, estuvo de 1884 a 1885, en la presidencia de la República aunque renunció forzado por Liliés, el descendiente de italianos Juan Bautista Vicini Burgos, lo fue provisionalmente en los comienzos del siglo XX. La familia Vicini ha mantenido sus relaciones con Italia, y con la zona de Umbria, donde aún poseen viñedos y pertenencias. Fueron y son importantes productores de azúcar e industriales en varias líneas de producción.

El siglo XX sería motivo de una profunda investigación que debería ser uno de los proyectos de la Casa de Italia, puesto que habría que hablar de la influencia de los músicos italianos en la vida dominicana de los años cincuenta, pero igualmente del arte, con pintores como Paul Giudicelli, de gran importancia en la plástica dominicana, Orlando Menicucci, y Carlos Sangiovanni. En el periodismo se destacan comunicadores como Salvador Pittaluga y Víctor Grimaldi, entre otros. En fin, un recuento de las familias italianas y de origen italiano nos llevaría hacia todos los puntos de la vida nacional, incluyendo aspectos políticos relevantes, y el análisis de momentos en los que sacerdotes de nacionalidad italiana tuvieron importancia fundamental en el quehacer dominicano.

CURIOSA

La vieja Belén

Para terminar y como dato curioso, debo decir que los dominicanos somos herederos de una tradición que como la de La Befana, se quedó entre nosotros nadie sabe cuándo, y que todavía vive entre la gente más pobre del país. En la República Dominicana se llama La Vieja Belén, una befana tropicalizada que no existe ni en Cuba, ni en Puerto Rico. Cuando pasan los Reyes Magos y no nos dejan juguetes, la esperanza se centra en que La Vieja Belén, pobre y bondadosa, vendrá con un saco al hombro a reparar las fallas de los Magos de Oriente.

Cuando los esclavos, a finales

Marcio Veloz Maggiolo: un descendiente de italianos en el corazón de la literatura dominicana

DANILO MANERA

Profesor de Literatura española en la Universidad de Milán, director de la Cátedra de estudios dominicanos «Marcio Veloz Maggiolo»

«En cada una de mis novelas hay personajes que eran antes parte de una pasión o de un recuerdo, los que poco a poco fueron creando en mis adentros una memoria falsa, una memoria que si bien fue en su momento originaria, con el paso de los años se convirtió en otra, y que ya no puede recordarse del modo en que la sentía porque ella ha tenido que transformarse en una especie de historia absurda, ilusión anómala sin dudas, mejor que la auténtica o más convincente ya olvidada historia original.»

Marcio Veloz Maggiolo

Marcio Veloz Maggiolo nació en Santo Domingo (entonces recién bautizada Ciudad Trujillo), el 13 de agosto de 1936. Poeta, narrador, historiador, arqueólogo, antropólogo social, profesor universitario, periodista, hombre político, pintor y diplomático; es, sin lugar a dudas, una de las figuras intelectuales más prominentes y prestigiosas de la cultura dominicana (se le reconoce unánimemente como el autor más completo y versátil de las letras dominicanas), con una vastísima obra que lo convierte en una de las voces más importantes de la literatura hispanoamericana.

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y Doctor en Historia de América (especialidad en Prehistoria) por la Universidad de Madrid, es miembro de la Academia Dominicana de la Lengua, de la Academia Dominicana de la Historia y de la American Anthropological Association de Estados Unidos. Ha desempeñado los cargos de Subsecretario de Estado de Cultura, Director del Museo del Hombre Dominicano y Director del Museo de las Casas Reales. Como diplomático ha sido Embajador dominicano en Italia (1963-1964; 1983-1985), México (1965-1966) y Perú (1982-1983).

De sangre italiana por línea materna, el escritor es bisnieto de Bartolomeo Maggiolo Pellerano (1825-1878), natural de Génova, hijo de Giovanni Battista Maggiolo y Rosa Pellerano Costa, oriundos de Santa Margherita Ligure. Bartolomeo llegó al país junto con su tío materno Giovanni Battista Pellerano Costa (1806-1880) y con el hijo de este, su primo y coetáneo, Vincenzo Benedetto Pellerano Costa (1825-1893), quien casó en Santo Domingo con María de Belén Alfau Sánchez y fue padre del ilustre Arturo Pellerano Alfau, fundador del mayor periódico dominicano, el «Listín Diario», en 1889. La gran afluencia de ligures a la Española se produjo, en efecto, en el siglo XIX, cuando familias de armadores, constructores navales y marinos llegaron a Santo Domingo. Ya para la época de la guerra de independencia dominicana contra Haití la presencia de los ligures fue fundamental. En los levantamientos de 1844, dos genoveses se unieron a las fuerzas independentistas: Giovanni Battista Cambiaso y Giovanni Battista Maggiolo, quienes aportaron sus barcos y sus hombres a la causa de los dominicanos. Maggiolo perdió el barco «María Luisa» en la guerra y, a pesar de su contrato con el Estado, nunca reclamó el reembolso de las pérdidas sufridas. En 1856, Giovanni Battista Maggiolo regresó a Génova y luego sus hijos hicieron el viaje de regreso para así establecerse, de forma permanente, en Santo Domingo. Bartolomeo Maggiolo Pellerano engendró a Manuel Américo Maggiolo Ravelo quien a su vez tuvo como hija a Mercedes Rosa Maggiolo Núñez, quien se casó con Francisco Javier Veloz Molina. Estos son los padres de Marcio Veloz Maggiolo. Hoy lleva su nombre la «Cátedra Marcio Veloz Maggiolo» en la Universidad de Milán, dedicada a los estudios dominicanos en Italia.



Marcio Veloz Maggiolo durante la Primera Semana de la Literatura Dominicana en Italia. Génova, octubre de 2001.

Página anterior:

Artículo de Marcio Veloz Maggiolo, *Italianos en la vida dominicana*, en el periódico «El Siglo», 27 de octubre de 2001, p. 6E

La bibliografía de Veloz Maggiolo es tan variada como extensa. Ha publicado los libros de poesía *El sol y las cosas* (1957), *Intus* (1962, Premio Nacional de Poesía), *La palabra reunida* (1981), *Apearse de la máscara* (1986); y el volumen que contiene todos sus versos: *La sonora armonía —poesía reunida—* (2016). Ha escrito libros para niños y adolescentes: *De dónde vino la gente* (1978), *El jefe iba descalzo* (1993), *La verdadera historia de Aladino* (2007), *Las bodas de Caperucita* (2008), *Ladridos de luna llena* (2008) y *La iguanita azul* (2012). Es autor de los cuentos contenidos en *El prófugo* (1962), *Creonte: seis relatos* (1963, con una pieza dramática en un acto), *La fértil agonía del amor* (1982, Premio Nacional de Cuento), *Cuentos, recuentos y casi cuentos* (1986) y *Palabras de ida y vuelta* (2006), además del relato *La dictadura y su magia* (2009) y la antología *Cuentos para otros milenios* (2000). Marcio es también un novelista muy fructífero, con los siguientes títulos: *El buen ladrón* (1960), *Judas* (1962, Premio Nacional de Novela), *La vida no tiene nombre* (1965), *Los ángeles de hueso* (1967), *De abril en adelante* (1975), *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1981, Premio Nacional de Novela), *Florbella* (1986), *Materia prima* (1988, Premio Nacional de Novela), *Ritos de cabaret* (1991, Premio Nacional de Novela), *Uña y carne. Memoria de la virilidad* (1999), *El hombre del acordeón* (2003), *La mosca soldado* (2004), *Memoria tremens* (2009), *Confesiones de un guionista* (2009), *Los dueños de la memoria* (2014); *El sueño de Juliansón* (2014) y *La Navidad: memorias de un naufragio* (2016). Además de los galardones ya mencionados, obtuvo en 1994 el Caonabo de Oro y en 1996 el Premio Nacional de Literatura, por el conjunto de su obra, que está parcialmente traducida al italiano, inglés, francés y alemán.

Entre sus ensayos científicos, críticos, de divulgación y de memorias destacan: *Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo* (1969), *Arqueología prehistórica de Santo Domingo* (1972), *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo* (2 vols., 1975-1976), *Sobre cultura dominicana y otras culturas* (1977), *Arte indígena y economía en Santo Domingo* (1977), *Las sociedades arcaicas de Santo Domingo* (1980), *Sobre cultura y política cultural en la República Dominicana* (1980), *La arqueología de la vida cotidiana* (1981), *Panorama histórico del Caribe precolombino* (1990), *La isla de Santo Domingo antes de Colón* (1993), *Archeologia della scoperta colombiana* (Roma, 1994), *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas* (1996, Premio Feria Nacional del Libro 1997), *Barril sin fondo: antropología para curiosos* (1996), *Historia, arte y cultura en las Antillas precolombinas* (1999), *La memoria fermentada: ensayos bioliterarios* (2000), *Antropología portátil* (2001), *Santo Domingo en la novela dominicana* (antología, 2002), *El bolero: visiones y perfiles de una pasión dominicana* (2005; en colaboración), *Mestizaje, identidad y cultura* (2006), *Historia de la cultura dominicana: momentos formativos* (2012) y *Memorias reversibles* (2012).

Es obviamente imposible dar cuenta exhaustivamente de una obra tan amplia y distinta, menos todavía en estas pocas páginas. Elegiremos, por ende, una perspectiva concreta a través de unos pocos títulos de esta inmensa bibliografía. Se trata, sin embargo, de un aspecto capital: la escritura de Marcio Veloz Maggiolo gira alrededor de la memoria, en todas sus variantes, desde la historia hasta la fantasía, y se alimenta de las infinitas formas y versiones que cada testigo o personaje o época, según su punto de vista, cree ciertas o reconoce como inventadas. Hay que subrayar, además, que se mezclan la memoria individual, la colectiva, la apócrifa y la vicaria (prestada o confiada por otros), se unen y confunden la memoria fijada por los historiadores y la que transmite la cultura popular, la actitud disidente o la mentalidad mágica. Es una gran fermentación que sigue complicándose con el paso del tiempo, una especie de ebriedad que hace que las historias sean ambiguas y polifacéticas, ya que se construyen con fragmentos de esta infinita pluralidad.

Desde las primeras novelas cortas de Marcio Veloz Maggiolo actúa ya, de alguna forma, ese talante. En *El buen ladrón* (1960) la voz narrante es la de la vieja madre de Denás, impermeable al mensaje de Jesús, que abraza el cadáver del hijo sin creer en la promesa del paraíso recibida durante la crucifixión. En *Judas* (1962), el apóstol traidor siente que está haciendo un sacrificio por Jesús, es decir que está predestinado a jugar un papel importante en el mecanismo de la salvación, y el beso en el Monte de los Olivos es una acción de gracias por esta gran oportunidad. Pero pronto percibe que no hay resurrección sensacional con gloria divina, viéndose forzado a aceptar su fracaso y la condición de «segundo mártir» del cristianismo. El relato se compone, además, de dos cartas presentadas como auténticas, una de Judas al padre Simón y otra de su hermano Moabad. Así se conoce la dramática vida anterior de Judas y su valentía como «*alma que protesta desde la eternidad*». Señalamos

que la segunda carta llega al autor en una traducción francesa que fue traída desde Italia en el siglo XIX por un antepasado suyo. En *La vida no tiene nombre* (1965), estamos en el Este dominicano durante la invasión norteamericana de 1916 y un gavillero, Ramón «El Cuerno», nos cuenta su vida, tribulaciones y razones, antes de que lo fusilen. Otra vez un personaje habla directamente: hijo de una sirvienta haitiana y objeto de discriminación social, se opone a las fuerzas de ocupación para demostrar que es «más dominicano» que otros y lucha por la soberanía nacional. Así descubre el servilismo y la cobardía de sus compueblanos, que se venden a los gringos. Ramón mata a su abusivo padre y cae en la trampa tendida por su hermano, quien lo entrega a los norteamericanos por bandido y hereda la propiedad. El fracaso personal se inserta en el fracaso colectivo de los rebeldes que se ven forzados a comportarse como malhechores.

Ya en esta primera fase de la producción de Marcio Veloz Maggiolo (estudiada por Nina Bruni), de corte existencialista, se nota la problematización de la historia cuando se mira con los ojos de protagonistas silenciados. Si damos un salto ahora a las obras de la madurez, ambientadas en Villa Francisca, el barrio capitalino en que el autor vivió su infancia y juventud, hallaremos unas estructuras múltiples en las que la realidad es muchas realidades, y se hace así más rica, llena y contradictoria. Por ejemplo, en la novela *Ritos de cabaret* (1991, estudiada por Fernando Valerio-Holguín, Pedro Delgado Malagón y otros), el trasfondo autobiográfico contribuye a poner en marcha un prodigioso mecanismo colectivo, un coro capaz de mezclar el chisme y el impulso lírico, los precipicios visionarios individuales y el fresco general de una época y una sociedad, salpicada de nombres de calles y de músicos.

La pluma de Veloz Maggiolo se mueve por el zumbido de una memoria heterogénea y a veces incoherente, con su cronología simultánea que hace coexistir los tiempos proponiendo una consecuencialidad más compleja. Así, en estas páginas, la voz del testigo principal se alterna con la de un narrador externo, con extractos de diarios y con la voz del cronista del barrio, Persio, depositario de recuerdos y en buena medida *alter ego* del autor. Y al final, se llega incluso a insinuar la posibilidad de que toda la madeja de las historias no es sino el resultado de la locura. Pero esta fragmentación del discurso no lo desconecta hasta el punto de reducirlo al nivel de disparate, muy por el contrario, la multiplicidad de reflexiones nos devuelve de manera más vívida la balada popular que describe una nación a través de un barrio y su lugar clave: el cabaret, mezcla de bar, salón de baile y burdel.

Y es que, indudablemente, el cabaret es el reino del bolero, mezcla de música callejera, de alcohol y penumbra; danza hecha de seducción y languidez, que se baila sobre un azulejo, persiguiendo a la amada, asediados por el olvido y el abandono. El bolero es la forma de conocimiento de Papo Torres, que obliga a los clientes de su restaurante a escuchar los éxitos del pasado mientras vierte nuevo licor en las botellas de los años ardientes. Y es también la escuela de Papo Junior y la banda sonora de la muerte de Samuel Vizcaíno, durante los heroicos días de la resistencia popular.

La novela se desarrolla en los últimos años de la tiranía trujillista y culmina en la guerra civil de 1965, una coyuntura clave en la historia dominicana reciente. A pesar de la derrota, después de 1965 ya no fue posible detener la toma de conciencia y la demanda de derechos civiles, que puede florecer como los versos de una canción entre las mesas de la precariedad, en el abrazo de la danza, en la tenacidad de la pasión.

Hay una sensación de fatal ciclicidad en el hijo que repite la historia de su padre hasta el incesto, ayudándole incluso físicamente a recuperar su amor más remoto y fundamental. Y hay un sentimiento de desesperación en la derrota de la dignidad democrática. Pero en el torbellino de la narración los símbolos son sabiamente abiertos y versátiles: el cabaret, maraña de música, sexo y política, es la imagen de la nación prostituida, pero es también un espacio de libertad, disenso y rebelión. Y el bolero no es solo nostalgia, sino también una forma de entender los acontecimientos y soñar con el futuro.

Otro símbolo musical, profundamente dominicano y ambivalente, en el sentido que puede transmitir rebeldía u opresión, aceptación o disconformidad, es el merengue. Y Marcio Veloz Maggiolo dedica *El hombre del acordeón* (2003) a un virtuoso del merengue, Honorio Lora, que enseñó a bailar al propio dictador (ese ritmo se consideraba una especie de banda sonora oficial del régimen). En la novela, se narra la muerte del acordeonista

y el robo de su acordeón, pero también la resurrección del cadáver como espíritu por obra de dos brujas, a través del *desunén* vudú, y sobre todo se relatan los amores de Honorio, que siempre se repiten.

El narrador-investigador, que muchos años después debe reconstruir lo acontecido, aclara antes de empezar: «*Todos los personajes de este relato son verdaderos, salvo el autor*», y a continuación precisa: «*Si me hubiera puesto a escribir queriendo discernir lo verdadero de lo falso, jamás habría logrado un relato más o menos coherente, por lo que el lector deberá estar de acuerdo conmigo en que use a veces voces fuera de tiempo, frases que, imagino, eran lógicas en un momento, cuentos de camino que me llegaron por varias vías, y que no puedo justificar sin hacer referencia a las etapas de una magia común que todavía se practica*». En efecto, reporta testimonios confusos y leyendas discordantes, recuerdos y rumores, siendo su fuente principal un *calié*, cuentero al servicio de Trujillo. Quedan por lo tanto muchas dudas y caben muchos eventos sobrenaturales, asociados con los mitos y las creencias populares de la Línea Noroeste, esa zona límite entre República Dominicana y Haití, que, en el momento de los hechos, acababa de sufrir la terrible «Masacre del Perejil» de 1937, a la que se alude en el texto. Así la venganza mágica y musical por la muerte de Honorio asume también características de crítica a la purga étnica conocida como «el corte».

El hombre del acordeón (novela estudiada por Sergio Callau, José Rafael Lantigua, Rita de Maeseneer, Fernando Valerio-Holguín, Julie Sellers, Néstor Rodríguez y otros) recupera y ensalza la fascinante figura del *rayano*, otro de los sujetos marginados por la cultura oficial (todavía manchada de trujillismo) que encuentran un espacio noble en la escritura de Marcio Veloz Maggiolo, como el negro, el haitiano, el indígena y el campesino. Además el autor, como acostumbra, activa relaciones intertextuales con otros discursos que maneja perfectamente, de la antropología a la historia, de la cultura popular a la arqueología.

De emociones y experiencias arqueológicas se nutren novelas como *Florbella* y *La mosca soldado* (estudiada por Rafael Rodríguez-Henríquez, Sergio Callau, Núria Sabaté Llobera y Daniel Arbino). Pero nos gusta concluir con la que es, hasta el momento, la última novela de Marcio Veloz Maggiolo: *La Navidad* (2016), subtitulada *Memorias de un naufragio*, que tiene que ver una vez más con la historia, los recuerdos fermentados y la fantasía. Está dedicada a los primeros años de la Española, tras el desembarco de Cristóbal Colón.

En el primer capítulo del texto, el más largo, Nathaniel, protegido en un monasterio jerónimo sevillano, escribe una dilatada carta a su confesor fray Tomás de Abril, relatando sus aventuras de doce años en Las Indias. Nathaniel es uno de los tres supervivientes del aniquilamiento del Fuerte de la Navidad, el primer asentamiento europeo en América, que Colón construyó con materiales del pecio de la «Santa María». A su retorno durante el segundo viaje en 1493, descubrió que había sido destruido y los habitantes masacrados por los indígenas en venganza por los abusos del alguacil Diego de Arana y de los otros españoles. Aparte de Nathaniel, logran escapar su tío Luis de Torres, el experto judío de lenguas orientales encargado de aprender las lenguas nativas, y la gitana Casilda, que se había embarcado como concubina del maestro Juan de La Cosa. Todos se refugiaron con los nativos y para 1505 todos lograron regresar a casa.

Seguimos más de cerca las vicisitudes de Nathaniel, magrebí de baja estatura y pelo muy negro, que la amante nuhurey Jariquena disfraza como un ciguayo, con pigmentos vegetales para oscurecer su piel, ya de por sí acanelada. Sufre la mutilación de la mitad de la lengua por parte del cacique Caonabo, para que no cuente a nadie lo sucedido. En sus páginas aparecen muchos personajes de aquellos años cruciales: el Almirante y sus familiares, el alcalde rebelde Francisco Roldán, fray Ramón Pané y fray Bartolomé de Las Casas, los jefes indígenas Anacaona, Guacanagarix y otros. Pero sobre todo, Nathaniel aprende los gestos, costumbres y mitos de los taínos, practica el ritual del polvo de la cojoba y se acerca a sus creencias y mentalidad. Por esta razón, ve toda la crueldad feroz e injusta de la persecución de los indígenas por parte de Colón y los demás gobernantes. Y su narración, que va de salto en salto, como una rana toa, nos devuelve vívidamente el conflicto de culturas más antiguo de América, llegando a reconstruir el pulsar de la vida y el latido de las emociones entre los nativos de la isla, como solamente puede hacerlo un autor con un enorme conocimiento de las Antillas precolombinas. El objetivo del detallado informe de Nathaniel es regresar a Santo Domingo, con la ayuda de los Jerónimos, a los que entregará una parte de la ganancia, porque en la isla su mujer Jariquena, que seguramente le espera, le revelará el escondrijo de los rescates enterrados en el Fuerte de la Navidad y nunca hallados.

A partir del final del primer capítulo, y sobre todo en los capítulos II, III y IV, el tono del libro se hace menos subjetivo, las voces se multiplican, se adjuntan materiales sacados del Archivo de Indias, la línea argumental se acelera y se dispersa, entre una bruma de variantes y con varios golpes de teatro, que arrojan una luz sombría sobre las afirmaciones de Nathaniel y sus últimos días. En efecto, su testimonio no es creído: el tesoro escondido se considera una mentira. Areíto, cojoba y tabaco son vistos como diabólicos. Nathaniel se siente como una especie de «mártir taíno». Juzgado como hereje por fray Antonio de los Ángeles Custodios, es quemado en la hoguera. Jariquena, cansada de esperarle, se había casado con el conde de Villavicencio y viaja a España para el proceso, en 1516, ya como condesa Angustias, sobre la base de un acuerdo con los Jerónimos, a los que irá una parte de sus bienes. Pero el resto lo heredará a la muerte del anciano conde. Y luego vuelve a su isla natal. Fray Tomás de Abril recibe también una punición. Y Casilda, tras una temporada como monja, se hace amante de un marqués y dueña de tabernas. Su nuevo poder le permite lanzar una flor blanca entre las brasas de la hoguera. Un motivo muy desarrollado en el libro es el del tío de Nathaniel, Luis de Torres, sefardita y cristiano nuevo, que se transforma en una especie de behique entre los taínos y predica un judaísmo fusionista. Según él, cuyo verdadero nombre era Josef Ben Hailevi Haviri, los Colombo eran criptojudíos. Nos interesa aquí recordar un detalle curioso: se cuenta que Luis de Torres conoció en Portugal a Bartolomeo Colombo, que utilizaba los mapas náuticos dibujados por el cartógrafo genovés Vesconte Maggiolo, mapas precisos y finamente decorados. Bartolomeo le dijo a Luis de Torres que su hermano Cristóbal había trazado nuevas rutas para navegar más allá de donde se había llegado hasta el momento, con la ayuda de uno de los descendientes de Vesconte. Es un pequeño guiño del autor para referirse a su ascendencia italiana, en esta innovadora novela histórica, que reflexiona sobre cuán incierta, impalpable e interpretable es la verdad, y propone lecturas alternativas de un cruce determinante en la historia de América. El «naufragio» del subtítulo puede así ser también el de un sueño imposible de comprensión mutua.

En este *tour de force* narrativo, Marcio Veloz Maggiolo se confirma como un escritor generoso, ilustrado y valiente, que ha sabido ser él solo casi toda una literatura, cruzando todas las fronteras con imaginación y empatía, hasta dialogar con las brujas volanderas rayanas y con las opias del guayabal de Coaybay, el «cielo fermentado» de los Taínos.

Bibliografía

- N. BRUNI, «El Trujillismo en *Uña y Carne* de Marcio Veloz Maggiolo», en «Revista Mexicana del Caribe», vol. VII, n. 13, 2002, pp. 153-179.
- N. BRUNI, *Ruptura y viraje. La narrativa de Mario Veloz Maggiolo 1960-1975*, Editora Nacional, Santo Domingo 2015.
- S. CALLAU GONZALVO, «Mulatas volanderas» (sobre *El hombre del acordeón*), en «Riff/Raff», n. 23, otoño 2003, pp. 68-70.
- S. CALLAU GONZALVO, «Marxismoficción dominicano» (sobre *La mosca soldado*), en «Riff/Raff», n. 26, otoño 2004, pp. 51-54.
- J. R. LANTIGUA, «Cuatro ensayos breves sobre Marcio Veloz Maggiolo», en *Marcio Veloz Maggiolo. El poeta, el narrador, el ensayista* (selección de J. R. LANTIGUA), Ediciones Ferilibro, Santo Domingo 2006, pp. 415-433.
- R. DE MAESENEER, «*El hombre del acordeón* de Marcio Veloz Maggiolo», en *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea*, Iberoamericana, Madrid-Fránfort am Main 2006, pp. 113-118.
- D. MANERA, «*La verdadera historia de Aladino y Las bodas de Capercucita* de Marcio Veloz Maggiolo», en «Tintas. Quaderni di letterature iberiche e iberoamericane», n.1, 2011, pp. 292-295.
- N. E. RODRÍGUEZ, «Merengue, vudú y nación: el panteón rayano de Marcio Veloz Maggiolo», en «Revista de estudios hispánicos», vol. 50, n. 3, 2016, pp. 679-689.
- R. RODRÍGUEZ-HENRÍQUEZ, *Fuentes de la imaginación histórica en la narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*, Edwin Mellen Press, Lewiston 2010.
- F. ROSARIO, «Sobre *La Navidad: memorias de un naufragio* de Veloz Maggiolo», en «Ciencia y Sociedad», vol. 42, n. 3, 2017, pp. 101-104.
- N. SABATÉ LLOBERA y D. ARBINO, «Excavar el trujillato en *La mosca soldado* de Veloz Maggiolo», en «Caribe», 17, n. 1-2, 2014-2015, pp. 61-76.
- J. A. SELLERS, «Nebulous Boundaries: Geographies of Identity in *El hombre del acordeón*», en «Studies in 20th & 21st Century Literature», vol. 39, Iss. 1, Art. 6, 2015.
- F. VALERIO-HOLGUÍN (ed.), *Arqueología de las sombras. La narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*, Amigo del Hogar, Santo Domingo 2000 (con aportaciones de José Alcina Franch, Soledad Álvarez, Francisco Cabanillas, Fernando Cabrera, Carlos Esteban Deive, Pedro Delgado Malagón, Miguel Ángel Fornerín, Ramón Francisco, Luis F. González Cruz, José Rafael Lantigua, Neil Larsen, José Mármol, Andrés L. Mateo, María del Carmen Prosdocimi, Doris Sommer, Sharon Keefe Ugalde, Fernando Valerio-Holguín e Isabel Zakrzewski Brown).
- F. VALERIO-HOLGUÍN, «Tres excavaciones arqueológicas en la obra de Marcio Veloz Maggiolo», en R. BERROA (ed.), *Aproximaciones a la literatura dominicana 1981-2008*, Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo 2008, pp. 265-280.